

TEATRO, AL ENCUENTRO DE LA MEMORIA EMIGRANTE

CIRILO LEAL MUJICA

TEATRO



Foto: © Cirilo Leal

La experiencia de la emigración forma parte del acontecer de las Islas Canarias, está inscrito, registrado a sangre en su historia, en la llegada de sus primeros pobladores procedentes del norte de África, así como en las posteriores partidas de las Islas hacia el Nuevo Mundo y otras latitudes. La historia de la emigración es una larga y dolorosa experiencia que no puede caer en las redes del olvido y que necesita de su rescate, conocimiento y difusión –he aquí el papel del teatro– para su mejor comprensión. Es fácil caer en el rechazo, en la xenofobia, el racismo del otro, del que viene de fuera, especialmente de aquellos que sacrifican su vida en el mar, cuando somos pasto –aunque vivamos en la sociedad de la información–, de la ignorancia y, por tanto, del juego de la demagogia. El teatro puede y de-



ber mantener el compromiso de la memoria, la memoria emigrante, la de los isleños que partieron, la de los que regresaron, la de los que nunca volvieron, la de los que permanecieron; la memoria de los ciudadanos del mundo que arriban a nuestras costas.

También hubo pateras y precariedad. Salidas y tráfico ilegal. Muchos viven aún para dar testimonio dramático de las experiencias que conocieron en las más cercanas décadas de los cuarenta y cincuenta. Embutidos en falúas y lanchones de apenas 12 metros partían hacia el incierto destino que esperaba tras una dura y larga travesía oceánica. También hubo allí campos de internamiento y gente durmiendo en los parques con la esperanza de que cambiara su suerte.

José Miguel Pérez García (2004)

Posiblemente no andan muy equivocados quienes afirman que el actual discurso del mercado invade y contamina los espacios de la creación, banalizando la vida: todos los ámbitos de la vida están cediendo a las pulsaciones del dinero y la publicidad, afirma Luis Landero. Frente a esa presión del mercado de fácil consumo que condiciona y mutila la libertad del creador, así como la propia visión del arte, la cultura y la ética, nos cabe asumir otra postura, la de los que sienten el deber y la responsabilidad, el compromiso con el hombre y su dolor; la de los creadores comprometidos contra la injusticia y la violencia de nuestro tiempo de pensamiento y cultura únicos; los que se expresan a favor de la paz y en contra de todas las guerras. La defensa de estos valores –cuyo meollo es el pensamiento crítico, analítico y disidente–, de estos principios éticos contribuye a que la sociedad en la que vivimos sea una sociedad digna y solidaria. Entre tales desafíos e interrogaciones, camina la presente reflexión que pretende retomar, recuperar el papel que desempeñaron los escritores en las primeras décadas del siglo XX, como referentes éticos y como críticos de la sociedad de su tiempo. Como afirma Susan Sontag “responder a la injusticia es algo que va más allá del compromiso y se convierte en una responsabilidad ética”. De ahí que el intelectual, el creador, el dramaturgo no pueda renunciar a un grado de compromiso con la historia y con el tiempo que le ha tocado vivir.

Andrés Sorel, en el marco del VII Congreso de Escritores de España celebrado a finales de 2003 en Sevilla, expresó, parafraseando a Carlos Marx, que tres fantasmas recorren el mundo: uno político, otro sociológico y otro cultural. El primero es un poder omnímodo y devastador, que intenta imponer no la ley, sino su fuerza sobre el resto. El segundo fantasma, el sociológico, nos está dejando un mundo cada vez más empobrecido, donde los países elevan sus cotas de bienestar a costa de que el Tercer Mundo muera de hambre y sida.





Foto: © Cirilo Leal

No obstante, para Andrés Sorel, el fantasma más terrorífico es el cultural: “Si algo puede definir la libertad, es la posibilidad de pensar de forma distinta. Si destruimos el pensamiento, negamos la condición humana y nos convertimos en esclavos”.

... el escritor no puede (...) vivir aislado o al margen de los problemas de su tiempo. Comprueba el vertiginoso abismo en que la educación, desprovista cada vez más de valores éticos y humanistas, está sumergiendo a quienes hoy son niños o jóvenes y sufren este descompromiso social y cultural. (...) Los escritores somos del Norte y somos del Sur, y nos sentimos siempre más cerca de los explotados, de los perdedores, que de los agresores y poderosos. Buscamos el conocimiento, la integración de todas las culturas, el diálogo y no las descalificaciones¹.

COMPROMISO CON LA HISTORIA Y EL TIEMPO

El intelectual, el creador, el artista, el dramaturgo no puede renunciar a un grado de compromiso con la historia y con el tiempo que le ha tocado vivir. La finalidad del arte dramático debe ser siempre llevar al escenario



las experiencias de la vida real del ser humano en las diversas circunstancias, señalaba Stanislavski. En esta ocasión apuntamos hacia las vivencias que nacen al calor de la emigración o la inmigración. Las historias forjadas por nuestros paisanos más allá del horizonte y las vivencias de los que han elegido las Islas para echar raíces y sembrar su futuro. La presencia de la emigración recorre en todo el tiempo el pasado isleño, apunta José Miguel Pérez García²: desde el trasiego humano legal y organizado hasta la precariedad del viaje clandestino. También se encuentran amplias manifestaciones de la esclavitud y del comercio cuyo producto lo constituían los propios seres humanos. En este tráfico destacan las cabalgadas organizadas desde las Islas hacia el continente africano para capturar personas que luego quedaban en Canarias o se intercambiaban para el regreso a sus lugares de procedencia dando lugar a un lucrativo y cruel negocio. Las invasiones y capturas que soportaron los propios habitantes del Archipiélago por los piratas berberiscos. Capítulos de la historia de las Islas que pueden servir de telón de fondo, de marco social y económico para reflexionar sobre la actualidad de este fenómeno.

En Canarias, como en cualquier ángulo del desmemoriado mundo del bienestar, al abordar el fenómeno de la inmigración nos encontramos, en la mayoría de las ocasiones, con un discurso que obvia sus elementos positivos, aquellos que a lo largo de la historia y en la actualidad han posibilitado un enriquecimiento mutuo, tanto económico como social entre la población local y la foránea. Esa visión parcial, chata y simplista provoca, interesadamente, un tratamiento alarmista que no hace más que ahondar en la discriminación hacia estos colectivos desfavorecidos y marginales, creando una alarma social injustificada. Se acusa de invasores a personas que luchan por el derecho a tener una vida digna. Se criminaliza a la inmigración proveniente de África y del continente americano, se la vincula llanamente con el mundo del narcotráfico y la delincuencia y, tras los sucesos de Madrid, con el terrorista.

El mar de las islas es el camino de su andadura humana, su arribada y partida, su llegada y retorno. La historia de Canarias, su presente y su futuro no se pueden entender sin el trasiego de



la mar. Un camino de ida y vuelta que ha enriquecido al archipiélago, con la llegada de foráneos y la partida de sus hijos hacia continentes de amplios horizontes. La memoria telúrica sitúa el origen y la vida de las Islas Canarias en remotas erupciones volcánicas que tuvieron lugar en este extremo del Atlántico macaronésico, próximo al continente africano, donde hoy nos encontramos. La primera cultura vino de la mano de los primitivos habitantes cuya procedencia y arraigo en las islas, en distintas oleadas inmigratorias, está vinculada al norte de África. Las causas que impulsaron esas oleadas inmigratorias son las mismas que aquejan a millones de seres humanos en la actualidad, razones económicas, demográficas y sociales, especialmente, las represiones violentas sobre las poblaciones de las regiones occidentales magrebíes. A la cultura de los aborígenes, material y espiritual, agrícola y pastoril, se iría sumando la de otros pueblos con mayor o menor desarrollo. En la actualidad, dada la supuesta bonanza económica, las islas se han convertido en meta, destino y lugar de llegada de flujos migratorios, tanto del continente africano, Europa y América Latina, sin excluir países asiáticos.

La mayoría de las variantes que han experimentado los movimientos migratorios pueden encontrarse en la historia de Canarias, afirma Pérez García. Diferentes modalidades de entrada y salida de personas del territorio y las más diversas circunstancias que rodearon a esas movilizaciones conforman un ingrediente esencial del devenir isleño. Hasta tal punto es así que la emigración supone uno de los principales ejes desde los que se ha configurado la sociedad del Archipiélago. Por otra parte, señala Patricia Newman que “a menos que mejoren las condiciones de vida en los países subdesarrollados, vamos a tener que vivir con el hecho de la inmigración en el siglo XXI. Todos, tanto inmigrantes como países receptores, tenemos que poner de nuestra parte para que la sociedad multirracial que se avecina pueda existir en un clima de paz y tolerancia. Una sociedad multirracial puede ser una experiencia enriquecedora en su diversidad si todos sabemos aceptar, comprender y apreciar culturas y formas de vivir diferentes a las nuestras. Un inmigrante suele ser una persona emprendedora y diligente y puede aportar mucho a cualquier sociedad si se le brinda una



oportunidad. Después de todo, los actuales inmigrantes están haciendo precisamente lo que han hecho nuestros antepasados desde tiempo inmemorial, esto es: viajar a otro lugar en busca de una vida mejor”³.

POSTULADOS DE UN TEATRO DE MEMORIA SOLIDARIA

Para José Miguel Pérez García, la memoria de todo nuestro pasado isleño representa un recurso valioso para abordar esta nueva etapa de intensidad migratoria. El recuerdo no nos dicta lo que debemos hacer ahora, pero sirve, al menos, para dar mejor asiento a la forma en que vivimos el presente. Introduce racionalidad. Ayuda a abordar los problemas con un punto de partida siempre anclado en el antiguo principio de la fraternidad humana. Genera una actitud más empática y comprensiva hacia lo que acontece. Y si de algo puede estar sobrada la sociedad insular es precisamente de ese recurso forjado en la experiencia de la emigración.

Ante tales circunstancias postulamos un teatro que se inspira y toma de fondo esas historias, esas vivencias. La traducción escénica de sentimientos y vivencias. La sustancia de la vida en lenguaje artístico, creativo, imaginativo. Sin ir más lejos, el reciente carnaval de Gran Canaria estuvo dedicado al continente africano. El músico senegalés Babou Konaté, al ver desfilar ante su vista el horror de los naufragios de compatriotas suyos y de otros países en el Estrecho de Gibraltar y en las costas de Lanzarote y Fuerteventura, decidió escribir una canción para prevenir a sus compatriotas y a sus familiares de los peligros que les acechan al hacer las travesías en embarcaciones tan frágiles como las pateras. La canción se titula *La patera* y es un aviso para aquellos que creen que sus sueños se convertirán en realidad al llegar a Canarias o Andalucía.

Vuestros hijos atraviesan el mar en las pateras para llegar hasta Europa, pero lo que no saben es que allí encontrarán la muerte y no la mejor vida que estaban buscando. Hay que entender a estas personas que sólo quieren un futuro para ellos y sus familias. Y encontrarán frío, hambre, miedo y llegan incluso a la muerte. Y jamás sus muertes podrán ser lloradas por sus familias.



Parece que nuestra sociedad opulenta necesita de escenarios exóticos para su goce estético, para su danza de falsa locura, de descarada y servil irreverencia. Los llamados indocumentados que se daban cita en la plaza de Santa Catalina, el lugar donde señorea la señora de las palomas, Lolita Pluma, fueron expulsados en la noche. El lugar necesitaba ser despejado, esterilizado para la ubicación de un monumental escenario de la diversión. Escenario que el pintor Pepe Dámaso utilizó, en su pregón, enmascarado de festivo, para continuar la hipocresía de las instituciones. Frente a esas excentricidades del poder político —que es el que organiza, controla e instrumentaliza la fiesta de los locos—, el recurso a historias ahogadas en el olvido de la sociedad actual es de justicia. Historias arrinconadas por un teatro comercial, de risa y evasión. Máscaras que caminan hacia un destino trágico a través de la búsqueda, el movimiento, la indagación, el compromiso: signos vitales del teatro. Ceremonia y ritual de vida y arte. Encarnación y lenguaje de la expresión de los reflejos de la vida y la muerte, las penas y las alegrías, las esperanzas y los desvelos, los sueños y las derrotas... Un eterno retorno del ayer al mañana. Un caudal de vida que muere y renace constantemente, desde el rito de la tribu al calor del fuego, hasta la sociedad de la comunicación virtual que aísla al ser humano.

El teatro es un espejo del acontecer de la sociedad en cada tiempo y espacio. Una proyección literaria y escénica —palabra y espectáculo—, de las andanzas de sus criaturas enfrentadas y solidarias, en esta época, la nuestra, de rechazo al foráneo, al que viene de fuera arrastrado por las miserias y el manto oscuro de la incompreensión, la intolerancia de pensamiento y creencia, de los que vienen en las olas de la esperanza huyendo de los enemigos de la vida.

Ante esas circunstancias, el teatro, nuestro concepto de Teatro de Memoria Solidaria, ha de promover las ideas de tolerancia y comprensión entre los pueblos y entre las culturas. Un teatro que apuesta por la integración más que el rechazo o la exclusión se convierte en una práctica abierta a diversas fuentes culturales, dramas y estéticas. Un teatro abierto a las influencias renovadoras del arte escénico, a las nuevas voces, sin acallar la nuestra, nuestra propia voz —muchas veces silenciada por nosotros mismos, complejo y menosprecio de nuestras propias capacidades de





Foto: © Cirilo Leal

expresión—, para de este modo, compartir el teatro, herencia común de la cultura universal, con distintas expresiones teatrales, el gesto y la palabra, el origen y el desarrollo del teatro. El teatro de ayer y de todos los tiempos, amparados bajo un lema solidario: todos vivimos bajo un mismo cielo.

El teatro es un medio para habitar el silencio de un escenario. Un arte para explicar o auxiliar la memoria y la vida, la soledad y el vacío del ser humano. El escenario no ha de ser el refugio en la nostalgia del pasado sino el espacio de la rebeldía contra el silencio y el olvido de dramas y tragedias que hoy se pretenden arrinconar en el olvido. Episodios del pasado para una dramaturgia actual, viva, espectacular. Una dramaturgia que investiga y se arriesga en la búsqueda de nuevos lenguajes escénicos, en el difícil equilibrio entre la forma y el contenido, la concepción de lo visual o el mestizaje de lenguajes.

No se trata de ir contra las interpretaciones dogmáticas o mitificadoras del pasado sino contra el vacío, el desconocimiento del propio pasado. Aunque ese vacío lo cubren cada vez más los historiadores del teatro, desde su dimensión artística, espectacular y comunicativa, pue-



de y debe desempeñar su papel de difusor, despertar el sentido de la reflexión. Una actitud contraria a ese otro teatro apacible, conformista, que no arriesga nada, que no dice nada. Contra ese teatro del acuerdo, teatro de la forma, teatro de la expresión... que olvida el fondo, una visión de la vida y la realidad.

En el proceso casi a ciegas en busca de una expresión propia, original, nueva. Algo muy difícil como es lógico, tanto en lo individual como en lo social: una sociedad que busca a tientas y se llena de palabras huecas, formas vacías. En la construcción de esa propia personalidad la memoria, el pasado es una vía para caminar en ese terreno de la reconstrucción, de composición o de creación.

¿ES POSIBLE LA VUELTA A LO SOCIAL?

Existe un cine que no es sólo una ventana para la evasión y el entretenimiento. Muchos directores y actores se han involucrado históricamente en la crítica social. El flamante documental colectivo *Hay motivo*, es un ejemplo de compromiso y denuncia de la realidad social y política de este país. Directores como Fernando León de Aranoa, Silvia Munt, Costa-Gravas, Oliver Stone, Roberto Rossellini o Gianni Amelio destacan en esta concepción del cine. En el campo del teatro, especialmente en la dramaturgia, despunta Jerónimo López Mozo, autor entre otras obras de *El olvido está lleno de memoria*. También José Sanchís Sinisterra⁴, al reflexionar sobre esta dimensión del teatro nos señala que en los años 80 en España hubo una cierta dejación de los temas sociales en la medida en que pasaron a ser tratados por los medios de comunicación libremente; se pasó entonces a una concepción banal con el teatro espectáculo. En la actualidad, el autor de *Ay, Carmela*, percibe un retorno a los temas sociales. El dramaturgo Rodrigo García⁵, autor de *After Sun*, señala, al hacer balance sobre la situación del teatro español contemporáneo que “siempre he sentido la necesidad de ser crítico, de señalar con el dedo allí donde uno detecta un problema, una injusticia, algo que no funciona bien. En democracia encuentro miles de razones para hacer un teatro combativo. Esta democracia es un punto de partida, algo para cuestionar y mejorar y no un sistema acabado. Respecto a la evolución de los temas y las formas, en mi caso la experimentación formal no está reñida con un contenido claro, que hable de la sociedad en que vivo. Como artista vas de un extremo a otro, de lo poético a lo político. Las formas deben estar a la altura de los tiempos que corren, pero las formas son poca cosa si el creador no se detiene a examinar la realidad que le toca vivir”.



Es muy posible que la inmensa ola de teatro de entretenimiento que inunda nuestras salas, pocas en el caso canario, condiciona a un público que nada quiera saber de reflexiones ni de aguafiestas. Un teatro de evasión, abanderado por la llamada hora del humor de la televisión, donde el espectador sale con la memoria intacta y sin nada acerca de lo que meditar. Aguafiestas que se empeñan en ofrecer al espectador aquello que nunca han pedido. La lucha contra lo obvio, lo redundante, lo cómodo, el cliché es el camino más duro, el único que vale la pena cuando se busca la autenticidad. Aunque se esté condenado a las representaciones en espacios, ni siquiera alternativos. Mientras crecen los recursos, mientras se consolidan y profesionalizan las compañías y los intérpretes, mientras se dotan las escuelas de formación actoral, parece que decaen los contenidos y los temas que inciden en la realidad que nos envuelve, o en las apariencias de realidad que nos quieren hacer ver y sentir. Que no se apague el espíritu transgresor del viejo teatro, el teatro de la memoria de los grandes dramas del ser humano. Que el humor, sórdido y burdo, no empañe la memoria ancestral de un arte que nació para dignificar al hombre y la mujer de todos los tiempos.

NOTAS

1. Sorel, Andrés, pág. 186, *República de las Letras*, nº 82, cuarto trimestre, año 2003.
2. Pérez García, José Miguel: "Migraciones: la experiencia isleña". *La Provincia*, 9/9/2004.
3. Newman, Patricia: "El sentimiento de desarraigo en las distintas generaciones de inmigrantes". *El Día*: 13/3/2004.
4. *El Cultural*: 25/3/2004, pág. 43
5. *El Cultural*: 25/3/2004, pág. 43

